NO ACARICIES UN PERRO CIEGO

WILLIAM JOHNSTON

LA ESCRITURA INVISIBLE

EDITORIAL TERRACOTA ET

Índice

El cielo imperfecto 7 *Magnolia* 75 *No acaricies un perro ciego* 193

I

Es la séptima vez que viajo en autobús. Mi madre me había comentado que, una vez, cuando tenía cuatro años, hicimos un viaje a la capital para conocer a mi abuela paterna. Lo que recuerdo de ella es que pesaba más de ciento veinte kilos, y siempre se encontraba sentada en un mecedor vienés con unas pesadas mantas de lana escocesa sobre sus piernas. Veía por la televisión un programa infantil de preguntas y respuestas. A veces, meneaba la cabeza y me miraba largamente y por un buen rato, mientras sus ojos se humedecían de tristeza. Los tíos y demás parientes decían que estaba sorda y había quedado algo estúpida luego de la muerte de su hermana. Por esa razón era costumbre que en esa casa siempre se estuviera gritando.

Hace una hora que salí del pueblo y ya está atardeciendo. La hierba tiene el color del imperfecto cielo.

Para aquel cumpleaños me regalaron el tren que había pertenecido a mi hermano muerto. Por aquel entonces, mi padre trabajaba de electricista en una fábrica en las afueras del pueblo. Mi madre tenía la costumbre de leerle por las tardes a una mujer vieja, cuya casa quedaba a tan sólo tres manzanas de la nuestra.

Vivíamos en una casa de madera con techos de cinc, ventanas de redes metálicas, mesitas blancas en las amplias barandas para que se detuvieran las brisas del otoño y un viejo ventilador de aspas colgado del cielo raso.

Mi padre por su parte hizo la torta de chocolate: era su orgullo. Muchos años después, descubrí que los pasteles de cumpleaños los encargaba a la panadería del pueblo, pero nadie supo el secreto; el panadero era sordo y, según mi madre, sólo sabía escribir, de memoria y con tiza azul, la oración *se venden lechones* con una caligrafía torpe e infantil en la madera oscura que se colgaba en vísperas de Navidad de las vitrinas.

No recuerdo que ningún niño de mi edad viniera a casa. De hecho, yo nunca tuve amigos y los niños que vinieron a casa en aquella oportunidad lo hicieron porque mi madre salió el día anterior para juntarlos y recordarles a sus padres:

—Va a haber sorpresitas, mago y tarta de chocolate.

La sorpresa de ese día se llamó Lita Rivero y su imagen quedó tatuada en el fondo de mi memoria. Era una mujer de estatura mediana, fea como si fuera un pelícano a punto de enlutar, unos ojos de venado sin esperanza, un intrincado peinado color cobre que subía en una sucesión inaudita de un par de volutas como si fueran las mil y una vueltas de un fuego que ascendía a la par del humo intenso de sus pensamientos. Vestía de negro cerrado hasta el cuello, con un prendedor de coral a la altura del corazón. Tenía una ronca voz —propia de la abuelita con licantropía de los cuentos infantiles—, los modales simples, el anillo de oro en el dedo anular, las conversaciones afables hechas de silencios intempestivos. Olía a talco de violetas, el mismo que mi madre guardaba en el fondo del ropero y que usaba sólo en contadas ocasiones.

Aunque Lita Rivero fue una figura silenciosa —sólo cruzó algunas preguntas con el mago acerca de la cría de conejos, un breve diálogo con mi padre acerca de las iluminadas habitaciones de la casa y unas palabras con mi madre al darle el regalo, un libro de cuentos de los hermanos Grimm con grabados originales de la época—, su presencia causó un silencioso pánico. Se decía que habitaba una mansión venida a menos, en una de las calles principales del pueblo. Se aseguraba que comía, tanto ella como su sobrino Atanasio, carne de gato cuando había luna llena. Se comentaba que tenía el

corazón de Gutiérrez en un frasco sobre su mesita de luz, siempre latiendo.

Venía de la capital donde se le daba mucha importancia a la literatura porque, entre otras cosas, y según le había contado Lita Rivero a mi madre, había cafés donde los poetas se reunían, había editoriales donde los poetas publicaban sus obras y había reuniones hasta altas horas de la madrugada donde todos discutían las novelas o los poemas que estaban escribiendo y que, seguramente, de un modo u otro, los harían famosos. Le pregunté a mi madre por qué no vivíamos en la capital. Me respondió que algunas personas nacen con estrella y otras estrelladas, y sentí lástima por ella. Yo realmente no tengo muchas ganas de contarles por qué vivíamos en ese pueblo, por qué mi madre le leía a Lita Rivero folletines del corazón y las razones de la furia de mi padre cuando mi madre la elogiaba durante las sobremesas del domingo. En parte porque eso bien puede ser material de otra novela que algún día escribiré. Tampoco sabría decir por qué Lita Rivero se presentó en aquel cumpleaños.

—En verdad —comentó mi madre, años después— conocí a Lita Rivero cuando yo era joven. Ella era una maestra de escuela, jefa de un perdido museo, y yo, sólo una secretaria. Su vida era un misterio que la envolvía como segunda piel. Se decía que había escrito su primer cuento hacia finales de la década de los cuarenta, luchando contra el viento de la playa Pocitos que le arrebataba las páginas. Yo me enamoré del cuento. Tu padre, también.

En ese tiempo, y hasta que comencé a ir a la escuela, las idas de mi mamá a la casa de Lita comenzaron a ser cada vez más habituales, y demoraban más de la cuenta. Era frecuente que me dejara con Antonia, la vecina. Solía venir por casa, pasadas las tres de la tarde. Era una mujer robusta y poco atractiva, de mediana edad, el pelo platinado como estrella de cine mudo, los labios pintados de rojo oscuro. Vestía un marcado vestido lleno de adornos en el pecho y en los hombros, estampado con flores rosas y verdes. Muchas veces se sentaba

en el suelo con las piernas cruzadas y jugábamos con el tren de lata. Pero eso ocurría en raras ocasiones. Pronto aprendí que había dos Antonias. La primera era un personaje masculino, de movimientos rápidos, orgullosa hasta el aburrimiento. Tenía la costumbre de hablar largamente por teléfono con sus novios, limarse las uñas sin mirar lo que estaba ocurriendo, prender la televisión hasta media hora antes que mi madre llegara, retocarse el pelo frente al espejo del comedor mientras divagaba, en voz baja, sobre la esplendorosa vida que bien podría haber llevado, si no le hubiera hecho caso a su primer marido. La segunda era una mujer borracha, sensual, mentirosa, que recitaba poemas cursis y repetía siempre el cuento del marido muerto, de sus amantes breves, de sus infidelidades ocasionales. La diferencia entre una y otra se marcaba de una manera simple: sucedía en las tardes, generalmente de otoño o primavera, cuando traía su libro de recortes —su pequeño orgullo, lo amaba— para mostrarme su pasado que transcurría desde bailarina profesional hasta domadora de osos en un circo local. A medida que pasábamos las páginas, los recortes eran más pequeños, ella era más joven y tenía menos ropa. De las dos, yo preferiría la segunda, aunque muchas veces la primera era la que me infundía más confianza porque hablaba de mi madre, mi abuela, mi padre.

Por lo general, Antonia me sacaba a la calle con la excusa de que yo era un niño de aspecto enfermizo. Nos pasábamos el rato hasta que daban las cinco. Nunca íbamos al parque, que era donde me interesaba ir. Con frecuencia nos deteníamos en el quiosco, la librería o la carnicería. Por ese entonces el pueblo era pequeño, no tenía aún las fábricas de pinturas, mataderos y la iglesia de los mormones a la entrada.

Antonia prefería los hombres gordos porque le parecían más atractivos: el carnicero, el diariero, el portero del cine o la fauna taciturna de los mozos del bar. Mirábamos con detenimiento los escaparates de las tiendas, las tapas de las novelas o las fotografías de las revistas del corazón. Compraba los miércoles y lunes, una o más revistas viejas y se quedaba

charlando en voz baja para que yo no la escuchara, aunque a mí poco me importaba. Si yo insistía en que nos fuéramos, Antonia me compraba un paquete de chocolatines. Luego, nos sentábamos en el mismo banco de la plaza central.

—Ahí está el loco Atanasio —y señalaba con la cabeza a un viejito manso que estaba sentado en un banco próximo—. Dicen que todo comenzó cuando leyó un libro. Y en ese libro mencionaba otro libro y así sucesivamente. Igualito, pero igualito a mi padre que era una enciclopedia.

Una brisa incompleta se enredó entre el follaje de los árboles. Yo recogí la hoja de un árbol que había caído.

—*Platanus orientalis* —dijo Antonia indiferente en voz alta—. Bueno, eso decía mi padre. No sé para qué le sirvió tanta clasificación, si murió pobre como una rata en una pensión de mala muerte.

Yo sabía que mi madre iba hasta lo de Lita, pero no entendía lo que significaban esas salidas.

—Tu madre —aseguraba Antonia sin mirarme, con fastidio y lentitud—. Tu madre lee novelitas del corazón, las de Pérez Escrich. A veces, la vieja la manda a hacer mandados como comprar papel, hacer trámites o mecanografiar párrafos enteros de sus novelas inéditas. Por eso se demora, Guille, por eso...

Los viernes solíamos ir al cine para ver la misma película porque, según Antonia, el portero una vez y cuando ella era joven, se volvió para mirarla y le guiñó un ojo. Nunca tuve ocasión de ver lo que hacía Antonia, pero creo que le devolvía el guiño. Era difícil que a uno le desagradara Antonia con su voz nasal, sus gigantescos pechos y sus collares falsos. El cine era un palacio con grandes arañas en el vestíbulo, escalinatas de mármol y adornos de sirenas y barcos en las paredes. Nos sentábamos en la cuarta fila de butacas y no importaba si la película estaba empezada porque ya la habíamos visto varias veces y solíamos repetirnos los diálogos al salir de allí.

En ocasiones, cuando la segunda Antonia derrotaba a la primera con alguna película lacrimógena de los años cuarenta,

me invitaba a tomar un café. Era una excusa para encontrarse con Sandro, uno de los mozos más viejos. Antonia se retocaba nerviosamente el cabello y apretaba su barriga hacia dentro como si estuviese haciendo un profundo ejercicio de respiración. Pedíamos un café y un vaso doble de leche. Sandro le traía, además, un plato con masas secas. Antonia se reía, el mozo viejo me guiñaba un ojo. Años después me comentó que lo que más le impresionaba de su querido era su formalidad. Iba siempre uniformado, los zapatos negros brillantísimos, engominado, la moñita equilibrada, peinado hacia atrás con tanta firmeza y minuciosidad que nada en él se movía. Tenía una piel blanca, de una palidez casi enfermiza. Papá lo conocía porque ambos trabajaron en la sección administrativa de la fábrica años atrás y decía que era buen hombre.

Mi madre llegaba pasadas las seis. Encerrada en su habitación, solamente se escuchaban sus pasos, algunas llamadas telefónicas y el tintineo servil de la máquina de escribir. No salía hasta que el reloj de péndulo del comedor daba las ocho de la noche, hora en que mi padre regresaba de la fábrica. Muchas veces, cuando la conjunción de los planetas era la adecuada, me llevaba al parque los domingos.

Fue por esa época en que mi padre me preguntó cómo era Antonia. Yo le respondí con las mismas palabras que Bette Davis le decía a su amante en una película que habíamos visto ese viernes en la primera función, a las tres de la tarde. Me respondió sólo: ajá, ajá, ajá. Decidió que debía jugar con otros niños, en lugar de hacerlo con Antonia. No pensé mucho en ello porque no sabía cómo eran los chicos de mi edad. Sólo los había visto en mi cumpleaños, pero no tuve oportunidad de hablar con ellos porque estaban demasiado atentos a los trucos de magia o demasiado expectantes de los movimientos de Lita Rivero o demasiado egoístas en los juegos con otros niños y sólo les importaba el mago, las sorpresas al final del cumpleaños, la torta de chocolate.

Me enviaron a jugar con un niño que había visto un par de veces, sentado en el sillón de peluquero mientras le

IV

A través de las ventanillas del ómnibus veo la noche inmensa y la rapidez con que pasan los árboles ante la luna, los postes del alambrado, los postes de electricidad, los pocos avisos a ambos lados de la carretera. Recuerdo a un ciego sentado al otro lado del pasillo. Se bajaron hace ya como media hora, cuando el ómnibus se detuvo en medio de la ruta para que subiera una pareja joven. Mientras estaba atardeciendo, el ciego le preguntaba a una mujer gorda que, sentada a su lado, oficiaba de lazarillo:

—¿Y ahora? ¿Cuántas nubes? —preguntaba con ansiedad.

—Ahora son siete —le contestó con indiferencia, sin mirarlo.

—Rosaura, debes apuntar siete nubes.

—No te preocupés, tengo memoria de elefante.

Luego de un rato de silencio, el ciego preguntó:

—¿Y ahora? ¿Cuántas nubes?

La mujer, que tejía ganchillo le dijo de memoria, sin levantar la vista:

—Siempre son siete.

—Rosaura, si mentís el corazón se te va a oxidar.

—En serio —aseguró la mujer con indiferencia. Y agregó en voz baja y con cierta insolencia causada por un tono de vulgaridad, ignorancia y mala educación—: Y el corazón no se te oxida porque uno mienta. —Y como si fuera un reto

a un niño pequeño dijo—: ¿De dónde sacás eso, Venancio?

—Tu corazón, claro que sí, Rosaura —dijo el ciego con una sonrisa fácil, desafiante.

—No me gusta que te riás —dijo la mujer sin dejar de levantar la vista—. Se te ven las encías.

—Siete nubes —afirmó Venancio, cambiando de tema, con un lento suspiro. Y después de un instante, agregó—: Siete gansos que no deberían haber volado.

—Tu madre está rara desde que vino —repetía Antonia.

—Discutían mucho —le respondí sin mirarla mientras cenaba.

—¿Y pescaron la corvina? —preguntaba Sandro con insistencia.

—Eso preguntáselo a mi padre. Yo nunca bajé a la playa.

Era un hábito que mi madre se abstrajera en un punto, en una palabra, en un gesto, en una mueca. Luego de ir a trabajar, se empantanaba en un silencio. Tal vez era el recuerdo de un día de pesca bajo el cielo imperfecto y sus ecos que giraban y se mezclaban de una manera sórdida en torno a los objetos y las situaciones cotidianas. Antonia afirmaba que eran las ausencias provocadas por el nuevo trabajo de mi padre: chofer de una fábrica. Los primeros meses no fueron más de cuatro idas por mes a la capital; pero luego se hicieron más frecuentes y hubo momentos de estadías prolongadas. Yo pensaba que acaso era la presión ejercida desde el anuncio que Lita Rivero se iba a morir de un momento a otro. Mi madre encontró esa noticia como el comienzo de una breve carta, entre los papeles que había olvidado mecanografiar: "yo sé que dentro de tanta cosa bonita que de vez en vez oigo sobre mí en estos días, se está celebrando mi final". O tal vez, las tres cosas a la vez, barajadas de una manera sórdida y sin violencia. Nunca se lo pregunté, y no me arrepiento de no haberlo hecho. Era un problema de mis padres. Además, Sandro me había conseguido trabajo en la cocina del bar: era una tarea agotadora pero simple; sumisa pero mecánica.

Ante la insistencia de Antonia, yo alenté a mi madre a dejar el trabajo. Confieso que a veces me dormía jugando con la idea de que mi madre se había vuelto loca para encerrarla en el sótano o en el ático como se solía hacer antiguamente en las familias patricias con algún pariente que tuviera un carácter nervioso.

El hecho de pensar de esa manera me causaba cierto alivio pero demasiada confusión.

Por mi parte, me encontraba indignado con Antonia porque las visitas, luego de la cena, se fueron prolongando cada vez más, haciéndose más lacrimógenas y llenas de pormenores inventados.

Si la estadía era más larga de lo convenido, mi padre enviaba una postal del centro de Montevideo que mi madre guardaba en una caja de hojalata en uno de los armarios, en el estante más alto. Muchas veces, Antonia las leía, pero terminaba diciendo que siempre era lo mismo: saludos para Guillermo, besos para Nelly, abrazos para Antonia. A veces, las postales variaban: mi padre aparecía delante de una fuente de cuatro gauchos, mi padre aparecía delante de un edificio en construcción, mi padre aparecía delante de un mar calmo con barquitos. Pero luego de un tiempo comenzó a enviar fotografías familiares: mi padre junto a sus dos hermanas, mi padre junto a su madre, mi padre junto a la casa donde se había criado. Mamá, sentada a la mesa, estiraba los labios hasta hacer una sonrisa. Antonia se echaba a reír cuando lo veía, y comentaba: "está criando panza". Me hizo pensar que no volvería. Tal vez estaba en lo cierto.

Era frecuente que mi madre ya no fuera a la casa de Lita Rivero.

—Los novelones románticos se acabaron —opinaba Antonia.

—Dicen —comentaba Sandro sin levantar la vista, eligiendo pernos y manivelas— que se compró un piso en el Salvo y quiere vender la casa.

—¿Y Guido?

I

Al ver a Lester cruzar la plaza en dirección al café donde me encontraba sentado para apaciguar las brisas calientes de aquella noche, no logré deshacerme de la ocurrencia que venía a pedirme explicaciones de por qué Andrea Keller se disparó en la boca, al tiempo que se echaba a volar las cervicales, en medio del silencio de una lluvia de verano. En verdad, explicar algunas cosas a la gente parece demasiado complicado.

El café frente a la catedral, pasada la medianoche, estaba casi vacío; salvo por una mujer gorda en la mesa del fondo y el mozo que, acodado en el mostrador, charlaba con el gallego oculto por la nube de vapor de la máquina del expreso. Fue entonces cuando levanté la vista y lo vi parado en el umbral de la puerta. Al venir hacia la mesa donde me encontraba sentado, se me ocurrió pensar en su edad: tal vez unos setenta años, pero eso ya no importa. Vestía de saco azul, la barba rasurada, los gemelos de oro en los puños de la camisa blanca, la corbata a lunares, el solitario en el dedo anular.

—Suerte que te encuentro —dijo, al tiempo que se sentaba enfrente y desataba lentamente un paquete de cigarros—. Me tardé un poco porque vos ya sabés, el velorio fue algo largo, el marido…

—Serrano —precisé.

—El marido no entendía lo que pasaba —continuó Katz mientras aflojaba la corbata y desprendía el botón del cuello

de la camisa—. Vi a Delia que estaba hecha un mar de lágrimas y me dijo que vos no ibas.

—No hay remedio para esos casos —opiné, mientras Katz encendía un cigarro con un encendedor plateado que había sacado de su bolsillo izquierdo.

—Una escritora de primera —comentó Katz con tristeza, al tiempo que lanzaba lentamente, por la nariz, dos gruesas columnas de humo—. ¿Te acordás que todos en el bar estaban locos por el libro de cuentos que había escrito?

—*Cuatro reinas*.

—Me dijeron que después sólo escribió papelitos.

Yo me reí y Katz movió los hombros en un gesto de indiferencia.

—¿Tenés la novela? —preguntó con buen humor mientras golpeaba su cigarro contra el borde del cenicero.

El mozo interrumpió por un momento el diálogo. Pedimos dos cafés.

—Tal vez el comienzo —contesté, mirando a la calle. Y repetí, después de unos segundos, mientras soltaba el humo del cigarro—: Sólo el comienzo.

—Cuando vos me decís sólo el comienzo —dijo Katz con un principio de sonrisa— quiere decir que sólo tenés una idea girando dentro de tu cabeza. Te conozco.

—Todas las separaciones son difíciles.

—Y más con una mujer como la tuya —opinó Katz—. Bueno —agregó en un tono cansado— ya que vine para acá y tenemos la suerte que nos vemos poco, ¿por qué no me contás de qué se trata?

—En verdad es algo que me contaron.

—¿Esa es la primera línea?

—Puede ser —dudé—. Porque la primera línea presagia toda la novela. Pero todo comienza con la anécdota de Magnolia. Y dudo mucho que sea verdad. Por eso quiero buscar a Magnolia para preguntarle si todo era cierto y escribir un cuento. Eso fue en principio. Pero después, después lo pensé como una novela.

—¿Y cuál es esa historia?

—Calma —respondí en voz baja— esto que te dije es sólo el comienzo…

—Te escucho.

La mujer gorda sacó de su pequeña cartera un libro. Lo abrió con ternura, y de memoria, hacia la mitad. Tal vez se trataba de una novelita del corazón ya leída hasta el aburrimiento.

—Se cuenta que Magnolia vivía en París hacia fines de los cincuenta —respondí—. Sus padres habían muerto en los años veinte y le dejaron a ella y a sus hermanas una herencia estimable, una casa quinta en la Unión. Eran dos hermanas.

—Mirá que la noche es breve… —advirtió con un principio de sonrisa.

El mozo interrumpió la conversación para dejar dos cafés en la esquina de la mesa.

—Eso vendría a ser como el primer capítulo —anuncié.

—La mujer gorda levantó la vista para mirar la calle sin mirarla mientras apagaba la colilla en el plato de la taza de café.

—Dicen que Magnolia —continué— tenía sus vueltas. Era una maestra solterona. A los cuarenta y pico deja la profesión por insalubre, escribe una tesis sobre la adolescencia y se va a París. Rosario, su hermana, consigue un empleo en la embajada como traductora y se va a vivir con ella. Y alquilan un apartamento pequeño frente al de un escritor famoso.

—¿Y quién es ese escritor? —preguntó Katz sin demasiado interés.

—Ese es el segundo capítulo —respondí—, cuando Rosarito sale a buscarle trabajo a Magnolia. Y bueno, golpea en el apartamento de enfrente. Y le atiende la mujer de Cortázar…

—Eso está muy bueno —opinó Katz—, meter un personaje histórico…

—Ninguna de las hermanitas Belinzón tenía idea de quién era Cortázar —continué yo—, pero Aurora, la mujer

VI

Había terminado de escribir aquella última frase para la columna del periódico, cuando el jefe ordenó día libre para mí y todos mis compañeros: el partido estaba a punto de comenzar en un lejano Quito. Ya debían ser pasadas las ocho, de eso estaba seguro. Estuve inmóvil frente a la puerta del apartamento de Eva, escuchando el maullido del gato barcino, la voz de los periodistas del noticiero de la televisión, la voz aniñada de Eva Stankus conversando con Travis.

Llegué al apartamento, abrí la ventana de la cocina, apoyando los antebrazos en el alféizar, mirando los colores del atardecer, a pesar de la molestia causada por el viento pasajero. La noche llegaba secreta.

Muchas cosas imaginé de Delia en ese instante: tal vez *estaba haciendo carnada* con Serrano, intercambiándose sus pieles de reptil, la sensualidad de babosa en celo, la perversidad minúscula de araña doméstica.

Entonces escuché que Eva golpeaba tímidamente a la puerta. Y después de algunos segundos, preguntó:

—Héctor, ¿andás por ahí?

Yo abrí la puerta y la invité a pasar. Lucía la bata de siempre y un creciente perfume de limón y lavanda.

—¿Qué hacés acá encerrado todo el tiempo?

Yo señalé unos libros y papeles.

—Escribo.

—Siempre quise escribir una novela —comentó Eva,

sentándose—. Pero sólo me salen palabritas… —y preguntó—: ¿Tenés algo escrito?

—Una anécdota interesante —dije, sentándome en la otra punta del sillón.

—A ver, contame.

—¿De verdad querés escucharla?

—Antes de que me arrepienta.

Le conté sobre Magnolia, exagerando algunos detalles: el hecho romántico de encontrarse en París. Le confesé que París era un sueño en otoño para que ella jugara con imágenes de amantes eternos, armé un paréntesis entre fechas y anécdotas para explicarle quién era Julio Cortázar, le exageré algunos datos mínimos acerca de la locura de la protagonista. Al comienzo, Eva escuchaba con atención. Pero luego, una conversación entre Cora y otro vecino y el golpe de la puerta de un apartamento de arriba, distrajo su atención. Tomaba las colillas del cenicero, acaso las contaba, se miraba las uñas, sofocó un bostezo con la palma de su mano. Abstraída, tal vez, pensaba en cuánto costaría aquel saco de visón que se detuvo a admirar unos segundos en la vitrina de una tiendita céntrica. Al final, sacó un cigarrillo del bolsillo izquierdo de su bata. Sin mirarlo, tardó en alisarlo para luego preguntarme con poco interés:

—¿Y qué le pasó después a la Magnolia? —dijo encendiendo el cigarro.

—Nadie sabe —dije yo, levantando los hombros—. Un diccionario de literatura afirma que murió por el año…

—Levinson debe saber —dijo ella, levantándose—. Ella sabe todo de todo el mundo… Seguro, si querés un día la vamos a ver y le preguntás…

—¿En esta semana puede ser? —pregunté intrigado.

—Todo el día está en su oficina…

No volví a ver ni oír nada de Eva Stankus, y supuse que había conseguido una llave de la puerta de abajo. Dejó de llamar a mi timbre. A veces Cora me detenía en la escalera, hablaba